



**AGUSTÍN MILLARES Y LOS ORÍGENES  
DEL PERIODISMO PROFESIONAL EN GRAN CANARIA**

**JUAN JOSÉ LAFORET**

En el estudio de los orígenes y evolución de la prensa periódica, así como de su función, permanece latente la discusión de si este comienza con posterioridad y gracias a la imprenta, según postulan autores como George Weil<sup>1</sup>, o, por el contrario, se pueden considerar como periodismo a los orígenes más remotos, que en algunos casos nos transportan, a través de las notas manuscritas, hasta la antigüedad clásica, como ya pretendió Joseph Victor Le Clerc en su obra «Los periódicos entre los romanos», aparecida en 1838. En el fondo de este debate, a nadie se le oculta, late la concepción que se tenga del periódico y de su función en el seno de la sociedad, con independencia de las características que, a partir de un momento determinado, en especial después de la segunda mitad del siglo XIX, al transformarse el periódico de masas, y hasta nuestros días, lo definen y lo identifican. Así, como reseña el profesor Gómez Mompert, «una comparación entre los periódicos informativos de España nacidos a caballo de las décadas de los cuarenta y los cincuenta del siglo XIX, con los de finales de la misma centuria, permite comprender los cambios (páginas más limpias y fáciles de leer, diagramación más rica y mayor variedad de familia de letras, formato mayor, inclusión de anuncios, introducción de titulares, combinación de artículos y noticias, cierta variedad de secciones) y las razones de su modificación: nuevos medios de comunicación (ferrocarril y telégrafo), nueva maquinaria (para la fabricación de papel, para componer e imprimir), configuración de un incipiente capitalismo de empresa y surgimiento —aunque de manera tímida— de la profesión periodística, todo ello unido a la modificación progresiva de la función del periodismo»<sup>2</sup>.

Así, desde un estudio comparativo y sosegado —los nuevos medios

informatizados de maquetación nos serían utilísimos en un trabajo de este tipo, al permitirnos una búsqueda de referencias que vaya más allá de nuestras posibilidades manuales—, concluiremos en como los periódicos, a lo largo de la centuria pasada, y pese a imponerse en muchos la condición de «diario», o casi, no gozaban de las mismas características que los actuales, pese a que, con mucha más frecuencia y tranquilidad de lo debido, se tienda a imaginárselos trazados por un mismo rasero, dada la pervivencia de ciertos rasgos fundamentales que señalan a la actividad periodística. Una de las diferencias básicas a tener en cuenta, objeto de estudio y análisis para los especialistas y estudiosos de la historia del periodismo, reside en la configuración de los diversos grupos de editores, entre ellos familiares, de partidos políticos, de confesiones religiosas, de sociedades científicas, filantrópicas o culturales, a los que empujaban motivos que nada tenían que ver con la idea de los medios de comunicación como negocio, como empresa que busca unos beneficios económicos con la actividad periodística, con la venta de noticias, con la información objetiva y plural, que es la razón que señala, como principio general, a la prensa independiente en la actualidad —como mínimo desde una perspectiva teórica—. Será sólo a partir del siglo XIX cuando el «carácter de negocio del periódico comienza, aunque de forma tímida, a convertirse en una de las razones de su existencia, y en la estrategia a seguir»<sup>3</sup>.

Sin embargo, si buscamos en los periódicos de épocas anteriores, encontraremos no sólo muchos rastros y antecedentes de los que sería en el futuro la actividad periodística profesional, sino datos de enorme interés para conocer y entender en profundidad la génesis y la trayectoria de muchos periódicos en su devenir cotidiano, muy por encima de los grandes ideales y proyectos en los que, según sus editoriales e ideas programáticas, sustentaban su existencia.

Un capítulo ineludible en este territorio lo constituye la personalidad, la biografía, los motivos, de aquellas personas que los hicieron posibles desde los editores e impresores (en tiempos coincidió estas dos figuras en una misma persona, que, en casos, también era el director), hasta los periodistas, directores, redactores, colaboradores, fijos o espontáneos.

Se da el caso de que, pese a la importancia que tiene, en el proceso general de la comunicación social, de la actividad informativa, la figura del periodista, tanto en la actualidad, como en épocas ya históricas, no se haya afrontado un estudio detenido y profundo sobre sus características, en cada etapa de la historia del periodismo, en determinados medios en particular y en personalidades concretas. Así, como destaca el





doctor Vicente Romano García, y pese a todo lo que ha llovido desde 1977, «entre la numerosísima bibliografía existente ya sobre la comunicación social hay muy pocos estudios dedicados al emisor, al creador, al realizador del mensaje público. La mayoría de esos estudios se han concentrado en la investigación de las audiencias y de los efectos. Las necesidades del mercado, de vender el producto (o el candidato político), así lo requerían. Y así se tiene la curiosa situación de que los emisores, los periodistas en su acepción más amplia, sea uno de los estamentos profesionales menos conocidos y estudiados por las ciencias empíricas»<sup>4</sup>.

Sin embargo, en la sociedad actual la figura del periodista, sobre todo de ese anónimo redactor que nadie conoce, pero al que le toca decidir buena parte de las noticias que cada día deben llegar al público, y como le deben llegar, mucho más allá de las puntuales presiones de su empresario, de su director o de diferentes grupos de presión, lo que también contribuye a configurar su tipología de emisor, continúa siendo un gran desconocido, tanto por los estudiosos, como por el público en general. Y es que, como ha escrito el periodista Félix Santos, «El mundo se ha convertido, gracias a los medios de comunicación, en una aldea global. Y son los periodistas, unos profesionales muy mitificados y muy pocos conocidos, quienes mueven los engranajes por los que nos llegan las informaciones que ellos mismos determinan y redactan. Se ha dicho de manera muy pomposa, que los periodistas son los sacerdotes de una religión mediática, una religión que cada vez tiene más practicantes, y se asegura que los humanos, cada vez más ávidos de información, padecemos una creciente dependencia de los periodistas, cada día más imprescindibles»<sup>5</sup>. Estas reflexiones actualísimas me han llevado a otras que, en tiempos tan tempranos, como primarios, para cualquier teorización en materia de comunicación social ya planteaba, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, un personaje como Agustín Millares Torres, para quién, en un trabajo publicado en *El Omnibus*, del 2 de enero de 1858, «la prensa periódica es en el día el agente más poderoso de la ilustración universal; su poder alcanza a todas partes; su influencia se deja sentir bajo todas las latitudes. Su fuerza es la opinión pública, suprema ley de los Estados; sus armas, el genio, sublime don del cielo».

Así, a la hora de afrontar la trayectoria de un personaje que, junto con otros pocos, hizo posible la consolidación del periodismo en Gran Canaria, y en el que, pese a sus singularísimas peculiaridades, podemos concentrar las características de los demás que en la misma época asumían responsabilidades en los incipientes y escasos periódicos isleños,

será necesario, con la perspectiva del devenir de la prensa a nivel general, considerar cuales fueron los orígenes del periodismo en Canarias, cual su evolución y cual su función, pues, como se constatará con minuciosidad más adelante, esta fue también una temprana preocupación que, desde las páginas de algunos periódicos, y en su *Historia de la Gran Canaria* <sup>6</sup>, ya manifestó con rotundidad Millares Torres —«el periodismo, ese incalculable agente civilizador de las modernas sociedades, encuentra también, aunque en humilde escala, sus representantes en la prensa isleña, desde la aparición de *El Porvenir*, primer periódico de Las Palmas que vio la luz en 1852».

En este sentido se hace imprescindible insistir una vez más, ante la costumbre corriente de considerar sin más el periodismo en Canarias desde los primeros periódicos manuscritos, más bien «gacetas» —según terminología al uso de autores como Weill—, o de experiencias aisladas como los impresos de Amát de Tortosa, el *Semanario Misceláneo Enciclopédico Elementar*, o el *Correo de Tenerife*, que estimuló la Guerra de Independencia y viejos pleitos interinsulares —en Gran Canaria se le respondería a este periódico con la publicación de hojas sueltas y de folletos, como la *Refutación de los pretextos en que se funda el famoso decreto de la Junta de La laguna publicado en el Correo de Tenerife de 23 de Marzo de este año*, o la *Satisfacción a el aviso que se dio a el publico en el Correo de Tenerife de 30 de marzo*, ambos impresos en el único taller de la isla, el de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas regido por Paula y Marina—, en la necesidad imprescindible de establecer unos períodos que contribuyan a establecer tanto el origen y desarrollo, como la función que desempeña en cada momento, del periodismo en Canarias, en especial hasta el momento en el que ya caminó casi como «diario», o casi, lo que ocurrirá en los años en los que Agustín Millares Torres ejercerá de periodista profesional en Gran Canaria, junto con otros como Emiliano Martínez de Escobar, en las décadas centrales del siglo pasado.

El periodismo en Canarias tiene sus orígenes y precedentes más significativos —si eludimos ese *Otro antecedente del periodismo canario: «Las Relaciones Históricas»*, que han estudiado, entre 1500 y 1800, Javier González Antón y Mercedes Isac Martínez de Carvajal, al considerarlas «el más genuino representante de la publicística canaria, y por ello, el más directo antecedente de su periodismo»— en los diversos manuscritos e impresos que aparecen en Tenerife y Gran Canaria entre 1750 y 1850, aproximadamente, período al que hemos denominado «Orígenes de la Información pública en Canarias», dado que todos los





ejemplos que aparecen, pese a su diversidad en el tiempo, en la forma y en su función, se distinguen por una misma característica, la de no ajustarse aún al concepto de periodismo diario, al servicio de una información general y continua, que sólo se dará en la segunda mitad del siglo XIX, con algún adelanto en Tenerife, como el caso de *El Atlante*, entre otros.

Este período inicial de «Orígenes» debe afrontarse poco a poco, con detenimiento, diseccionando las diversas partes que lo señalan. Así, en una primera instancia se encuentran los periódicos o gacetas manuscritas. De un lado el anónimo *Correo de Canarias*, que data de 1762, cuando se distribuyó en Tenerife; su temática general, en los seis números que consta, en un planteamiento de diversas mejoras económicas. De otro los manuscritos que realizó José de Viera y Clavijo en su etapa lagunera; el primero fue *El Papel Hebdomadario*, que aparece entre los años 1758 y 1759 en cincuenta números, luego vendría, en 1764, los *Memoriales del Personero General Anónimo*, y, al año siguiente, la *Gazeta de Daute*. Una segunda etapa la marcó el *Semanario Misceláneo Enciclopédico Elemental* de Amat de Tortosa, primer periódico impreso del Archipiélago entre 1785 y 1787. Luego habría ya que esperar, para una tercera etapa, a 1808, cuando se imprimió el primer número de *El Correo de Tenerife*, que desaparecería al concluir la Guerra de Independencia. Tras esta experiencia un largo espacio de tiempo, casi equivalente al reinado absolutista de Fernando VII, en el que sólo afloraron algunos rarísimos y efímeros impresos o manuscritos, de los que hoy sólo se tienen escasas noticias. Sólo en la segunda mitad de la década de los años treinta surgirían con fuerza, en Tenerife, las primeras experiencias de un periodismo que ya buscaba cierta profesionalidad, continuidad y presencia periódica en la calle, con lo que se culminaba en esta isla el período de «Orígenes», que en Gran Canaria no se concluiría hasta la aparición de *El Porvenir de Canarias* en 1852.

En Gran Canaria, ese siglo largo de los «orígenes del la información pública en Canarias» no contó con tantas experiencias como en Tenerife, pero, si se rastrea con minuciosidad y el concepto de información se amplía a otros medios, como la oratoria, los folletos y sueltos, o los pasquines, encontraremos también una serie de precedentes que habrá que estudiar y tener en cuenta, y esto, en cierta medida, ya lo hizo con enorme interés Agustín Millares Torres en su momento. Habrá que evaluar, para los últimos años del siglo XVIII la presencia del Seminario Conciliar, que generó un ambiente cultural muy interesante, o la creación de la primera Real Sociedad Económica del Archipiélago, que trajo a la isla la primera imprenta.

En Gran Canaria el periodismo impreso arrancó con dos boletines oficiales, el *Boletín Oficial de la Gran Canaria*, de 1841, y el *Boletín Auxiliar de la Junta Superior Auxiliar del Gobierno de la Provincia de Canarias*, de 1843, ambos con una sección «oficiosa» de gran interés, sobre todo por que dejaba traslucir la necesidad de contar ya con un periódico de noticias e intereses generales, y con la efímera, pero jugosa experiencia de *El Pueblo. Periódico Democrático*, del que, Antonio López Botas y Juan Evangelista Doreste, sus redactores oficiales, aunque contaron con otros apoyos, sacaron a la calle solo el prospecto, en junio de 1842, y un número uno, hoy desconocido, el mes de agosto siguiente. Era la época en que, el grupo de ciudadanos conocido como «los niños de La Laguna» —por haber estudiado muchos de ellos en aquella universidad—, impulsaron muchos proyectos que se realizaron en la isla, entre ellos la creación de una «Junta de Alameda y Teatro» —a la que, según su *Prospecto*, los redactores de *El Pueblo* querían destinar todos los beneficios que diera el periódico; una muestra palpable y consistente de su inexperiencia en la materia, como comprobarían amargamente pocos meses más tarde—, que se proponía construir, en los extensos terrenos ocupados, hasta uno años antes, por el Convento de Santa Clara, en el centro mismo del barrio de Triana, un teatro y una alameda para el disfrute de los ciudadanos, pero, sobre todo, insuflaron el espíritu de progreso y de renovación que necesitaba la isla para despertar de un letargo de siglos. A este impulso contribuiría todo el primer periodismo en Gran Canaria, con cabeceras tan señaladas como la de *El Porvenir de Canarias*, 1852, o, años después, la de *El Omnibus*, con una participación directísima de Agustín Millares Torres en ambos casos, convirtiéndose en una herramienta útil e imprescindible que buscaron y siempre aprovecharon. No es de extrañar que los redactores del ignoto y efímero periódico de 1842 señalaran que «El Pueblo, en fin que habiendo llegado a conocer sus derechos y sus deberes, cumple estos con exactitud para gozar de aquello. Ninguno más estimable que el que se auxilia con la prensa libre, garantía de todos los demás derechos, y que El Pueblo va a ejercer en toda su latitud».

La figura de Agustín Millares Torres como comunicador, como intermediario de la cultura, incluso como «gatekeeper», seleccionando lo que debe y lo que no debe ser transmitido, en el sentido de lo expuesto por el profesor Vicente Romano en el texto antes aludido, surge no sólo con el primer periodismo grancanario, sino con la profesionalización de este servicio, que él ejerció durante algunos años, en los que, circunstancias personales, le obligaron a una dedicación profesionalizada en mas de un periódico, como luego se verá. Sin lugar a dudas esta profesio-





nalización, tanto de Millares Torres, como de algunos otros protoperiodistas grancanarios, a la vez que la necesidad de las imprentas de contar con un periódico que editar, contribuyó a la consolidación y el progreso de la información pública en la isla. Y es que, como ha estudiado el Dr. Romano García, al implicar la profesionalización un mayor distanciamiento entre emisores y receptores, se da tanto un «aumento de la universalidad de los contenidos, diversificación de los mensajes y mayor redundancia de estos», como que «los emisores se esfuerzan por reducir esta distancia a través de la investigación social empírica, encuestas, sondeos de opinión, etc..., con la que persiguen un mejor conocimiento de las audiencias y sus necesidades»<sup>7</sup>.

Hoy, en el conjunto de su biografía y de su obra, Millares Torres se nos presenta como un auténtico profesional del periodismo, y, posteriormente, como colaborador fijo de diversas publicaciones y asesor experto de otras, a la vez que como estudioso del papel que jugaban los periódicos en el seno de la sociedad y en el progreso material de la isla, lo que le llevó a exponer reflexiones de enorme interés y a investigar en la aún reciente historia del periodismo de la isla, analizando, sobre todo, la función que había tenido, preocupándose por conservar ejemplares de algunos de los primeros medios, incluso manuscritos, como las «gacetas» de Viera y Clavijo, que transcribió íntegramente. Aquí hay que destacar el comentario a la historia del periodismo canario que aparece en las ediciones de *El Omnibus* del 15 y del 19 de agosto de 1857, en el que pretende ocuparse «en cuanto tenga relación con nuestro país, de uno de los medios más poderosos que las sociedades modernas cuentan en su seno para disipar aquellas tinieblas y extender el imperio de la civilización universal; poderosa palanca que puede conmover al mundo, cuando rompiendo sus diques se desborda sobre las naciones». Así, su labor como profesional y como teorizador es hoy imprescindible para comprender la génesis del periodismo en Gran Canaria, y, en buena medida, para la de Canarias en general.

Es interesante señalar como Millares Torres, a la sazón director de *El Omnibus*, en junio de 1858, con motivo de proponer la creación de una «biblioteca pública», realiza unas interesantes consideraciones sobre la misión del periodista, para señalar textualmente que «aunque no siempre podamos alcanzar el objeto que nos proponemos...» es exigencia del periodista seguir insistiendo en todo aquello que considera justo y útil. Sin duda alguna, era consciente de su rol de periodista profesional, por lo que procuró no sólo actuar como tal —veremos que incluso fue capaz de dirigir dos periódicos al mismo tiempo—, sino que se preparó para ello y siguió con puntualidad las publicaciones que se edita-



ban en otros puntos de España y en el extranjero, con una especial inclinación por la que podía recibir de América; llega a realizar jugosos comentarios de las noticias insertas en periódicos como *La Epoca* o *El Comercio del Plata* de Montevideo.

Agustín Millares Torres, que observó como «el espíritu pensador de la vieja Europa había experimentado una transformación completa en el corto período de dos siglos; ciencias, arte, religión, política, en confuso desorden habían descendido a la arena de la discusión pública para infiltrar sus nuevas y atrevidas teorías por medio de la prensa, en el corazón de los asombrados pueblos»<sup>8</sup>, participó activamente, junto con Antonio López Botas y Domingo José Navarro, en la redacción de *El Porvenir*, el primer gran periódico particular de Gran Canaria, que salió a la calle entre septiembre de 1852 y octubre de 1853, al que sólo habían precedido, como ya se indicó, en la década anterior dos boletines oficiales y *El Pueblo*.

*El Porvenir de Canarias*, «cuya cabeza engarza muy profundamente con la corriente de hombres e ideas, que surgen en esos años con la mirada puesta en un futuro más esperanzador para sus islas»<sup>9</sup>, permite a Millares Torres una primera toma de contacto con el que no sólo será un medio utilísimo para la difusión de las ideas e iniciativas que fomente el progreso de su tierra, sino una profesión de la que vivirá durante varios años, compaginada con su labor como profesor y como músico, hasta conseguir su título de notario en 1861. Su mano se presiente en numerosas páginas del periódico, desde el mismo «Prospecto», en el que ya se vislumbra la idea de trascendencia que el periodismo tendría para la sociedad insular, pues, como confiesan sus redactores, «este pequeño cuadro de nuestros trabajos presenta en verdad dimensiones colosales en su realización, pero esto no nos arredra en nuestra empresa, por que la creemos una necesidad para el País».

Su dedicación profesional como periodista comienza claramente en 1856, cuando el impresor Mariano Collina, propietario del periódico *El Omnibus*, tras la dimisión de su primer director, Emiliano Martínez de Escobar, «vino a ofrecerme su dirección, pagándome 320 reales al mes, cuya oferta acepta»<sup>10</sup>, en cuyo puesto se mantiene hasta 1861.

Millares está al frente de *El Omnibus* durante casi cinco años, en una etapa fundamental tanto para el periódico que ha sido considerado como el «gran impulsor del adelanto de la isla», como para Gran Canaria que ve como se ponen en marcha muchos proyectos que la sacan del atraso de siglos que sufría. Sin embargo, Millares Torres, que vive de su trabajo y tiene una familia que mantener, no limita su labor a este





periódico, por lo que, «deseando el impresor D. Isidro Miranda poseer también un periódico para sostener su establecimiento, me habló secretamente ofreciéndome su dirección y 320 reales mensuales», y, como el mismo reconoce en su «diario»:

«a pesar de la inmensa dificultad de redactar a la vez dos periódicos de intereses materiales, que no podían ocuparse de ningún asunto político ni de oposición a las autoridades provinciales y locales, la necesidad de aumentar mis recursos harto disminuidos con la guerra que me hacía Don Daniel Imbert y sus amigos y favorecedores, me obligó a aceptar con la condición precisa de que se ignorase el nombre del director.

Indecibles fueron las dificultades que tuve que vencer para cumplir con los periódicos, fingir polémicas entre ellos y arreglar sueltos y revistas diferentes, aunque sobre iguales asuntos.

Este periódico se publicó bajo el nombre de *El Canario*, y salía como *El Omnibus* dos veces a la semana, pero en diferentes días. Collina ignoró siempre mi doble dirección».

Nos encontramos ante un hombre que, junto a su vocación y a sus ideas, supo encontrar un espacio legítimo para desarrollar una actividad como profesional, en un entorno empresarial en el que los propietarios, ambos impresores, buscaban la rentabilidad a unos periódicos que, ofreciendo unos contenidos de interés gracias a la dirección de un experto en la materia, atrajeran el favor de los suscriptores. Así, «su visión clarividente sobre la importancia de la comunicación impresa, y su trabajo arduo en los periódicos, le convirtieron en el primer periodista profesional y de altura en la historia del periodismo grancanario»<sup>11</sup>.

Aunque alejado del periodismo profesional después de 1861, dada su condición de notario público, Millares Torres permaneció fiel a lo largo de toda la vida a su vocación periodística, por lo que no deja de publicar, con desigual intensidad en determinadas épocas, artículos, textos históricos y literarios. Así, en 1875 escribe varios artículos para el periódico *La Prensa*; en diciembre de 1877 escribió el artículo programa del periódico *El Atlante*; en febrero de 1880 «escribo el prospecto del periódico de *El Museo*»; en 1882 y 1883 escribe para la *Ilustración Canaria*; así mismo formó parte de la redacción de *El Liberal* en sus últimos años. Tampoco olvida el que aparezcan reseñas de todas sus conferencias, cuando no el texto completo, en periódicos como *La Afortunada*, *La Prensa*, *El Atlante*, *La Correspondencia de Canarias*, *El*

*Telégrafo, El Liberal o El Imparcial*, o en revistas como la de *El Museo Canario* o *El Ateneo Canario*.

Sin lugar a dudas, con Millares Torres el periodismo grancanario no sólo consolidó el impulso de salida necesario para arraigar en su entorno, sino que alcanzó el grado de modernidad y eficacia que requería para convertirse en un instrumento útil a la sociedad que servía. El, como periodista, constituye un tamiz ineludible para un conocimiento adecuado de aquel primer entorno de los medios de comunicación isleños.





## NOTAS

1. WEILL, George: *El Periódico*. México, UTEHA. 1979, p. 1.
2. GÓMEZ MOMPART, J. L.: *¿Existió en España prensa de masas? La prensa en torno a 1900*. En «Les moyens d'information en Espagne», Ed. Presses Universitaires de Bordeaux, Collection de la Maison des Pays Ibériques, n.º 25, 1986.
3. GARCÍA GALINDO, J. A.: *Prensa y Sociedad en Málaga. 1875 - 1923*. Málaga, EDINFORD, 1995, p. 43.
4. ROMANO GARCÍA, Vicente. *Los intermediarios de la cultura. Los emisores en el proceso de comunicación social*. Madrid, Pablo del Rio editor, 1977, p. 9.
5. SANTOS, Félix: *Periodistas. Polanquistas, sindicato del crimen, tertulianos y demás tribus*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1995, p. 20.
6. MILLARES TORRES, Agustín. *Historia de la Gran Canaria. Tomo II*. Las Palmas, Imprenta de M. Collina, 1861, pp. 313-314 y 370 a 372.
7. ROMANO GARCÍA, Vicente. Obra citada, p. 22.
8. MILLARES TORRES, Agustín. Obra citada.
9. LAFORET, Juan José. *Orígenes del periodismo canario (1750-1850)*. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1987, p. 48.
10. MILLARES TORRES, Agustín. *Notas y Recuerdos (1826-1896)*. Prólogo de Juan Bosch Millares, p. 35.
11. LAFORET, Juan José: *Agustín Millares Torres y la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas*. En «Estudios de Historiografía Regional». 1996, p. 305.